

EL MUNDO SE HIZO CARNE¹

Las agendas sociales en Occidente se están modificando al ganar prominencia nuevos tipos de cuestiones: sistemas de pensiones, regímenes de inmigración, derechos reproductivos, compromisos maritales. Cada una de ellas está dando lugar a abundantes surtidos de textos. En la izquierda sobresalen *Banking on Death* de Robin Blackburn y *Between Sex and Power* de Göran Therborn. Desde la derecha, las publicaciones de Francis Fukuyama *The Great Disruption* y *Our Posthuman Future* fueron muy bien recibidas. Los cambios en marcha han encontrado un marco antropológico más vasto en *Métamorphoses de la parenté* de Maurice Godelier. Aun a pesar de sus diferencias, todas esas obras se inscriben de una forma u otra en las ciencias sociales; pero *L'avènement du corps* pertenece a otro género: el ensayo filosófico, ilustrado con abundancia de datos llamativos –aunque raramente referenciados–, y presentado con una mordacidad intelectual y un ingenio literario que siguen siendo todavía hoy peculiarmente franceses. Su autor, Hervé Juvin, podría considerarse también un fenómeno local. En las sociedades anglófonas negocios y cultura suelen ir por separado, proporcionando como mucho –si excluimos el distinguido ejemplo de W. G. Runciman, una remembranza de la riqueza hereditaria más próxima a la época de Rosebery o Balfour que a la Confederación de la Industria Británica– adustas apologías pretenciosas al nivel de *Just Capital* de Adair Turner; pero en Francia el ejecutivo intelectual no es una figura tan poco frecuente. Juvin, que trabaja en el mundo de los seguros, escribe sin ligaduras políticas declaradas; pero, en la medida en que cabe situarlo, sus conexiones lo asocian a la revista *Le Débat*, la más vivaz del centro-derecha francés.

L'avènement du corps anuncia una época en que el cuerpo humano ha comenzado a sustituir a todas las demás medidas del valor en Occidente, alejando la experiencia de las últimas generaciones de la de todas sus predecesoras y del resto del mundo. El fundamento de ese cambio histórico es un aumento espectacular de la esperanza de vida. Cuando estalló la Revolución francesa en 1789, la duración media de la vida humana en

¹ Hervé Juvin, *L'avènement du corps*, París, Gallimard, 2006.

Francia era de veintidós años; en 1900 rozaba los 45; hoy es de 75 años para los varones y de 83 para las mujeres y sigue aumentando sin cesar. «Tenemos razones para esperar que una chica de cada dos nacida en Francia después de 2000 viva más de 100 años.» Esta prolongación de la vida es «el regalo que nos ha dejado un siglo de sangre y acero; el regalo de una vida cuya duración se ha duplicado». Equivale a «la invención de un nuevo cuerpo, contra la necesidad, contra el sufrimiento y contra el tiempo; y también contra el mundo, el mundo de la naturaleza, que era el destino [de todos]». Pero ese regalo sólo llega a los ricos: «Toda una generación separará pronto a Europa de sus vecinos del Sur, cuando la edad media de su población supere los 50 años (hacia 2050), mientras que en el Magreb seguirá estando por debajo de los 30».

Si bien esa nueva longevidad es consecuencia de los avances de la medicina tradicional, más allá de ellos está la nueva «industria de la vida», que ya es capaz de producir seres humanos sin pasar por el coito y que está a punto de posibilitar la fabricación en el laboratorio. La eugenesia podría formar parte de la entrada a la vida, y la eutanasia imponerse como forma normal de salir de ella. El aislamiento social quizá influye ya más que el deterioro físico en el fallecimiento de los ancianos: «Se acerca un tiempo en que la muerte provendrá de la distancia o el disgusto hacia un mundo que ya no es el propio, y en el que la vida ya no será lo que traiciona el cuerpo, sino lo que el espíritu abandona, traicionando al cuerpo». Tal despedida de la existencia todavía es pasiva. Por delante está «la muerte activa, deseada y elegida, como la última fase en la invención de un nuevo tipo de cuerpo», conclusión lógica de «la reivindicación de la vida como propiedad, como dominio *par excellence* de la opción individual y del ejercicio del libre albedrío».

Entre la entrada y la salida, entretanto, proliferan las *body shops* del mantenimiento, reparación, transformación y perfeccionamiento del cuerpo, y se multiplican los gastos en dietética, cuidados sanitarios, cirugía cosmética, embellecimiento... Los rostros fabricados de Madonna o Mariah Carey son los nuevos cánones de belleza, y la presión que expresan se sienten a todos los niveles de la educación y de la carrera.

En cada etapa de la vida se observa la misma discriminación: los niños considerados guapos por sus coetáneos o por los adultos tienen una probabilidad un 40 por 100 más alta de acabar su periodo escolar sin contratiempos, del mismo modo que los nuevos empleados considerados guapos por sus colegas y su medio profesional tienen una probabilidad un 40 por 100 más alta de verse regularmente promocionados y de seguir una carrera ascendente, y probablemente encontrarán al apuesto joven o la atractiva joven que les ayude a mejorar en la vida, etc.

En los asuntos públicos el aspecto físico se conviene en una condición aún más esencial para el éxito, como ilustra hasta la saciedad la clase política.

El cuerpo reinventado, liberado de las tareas físicas, protegido de las antiguas enfermedades, mejorado por nuevos aditivos, prorrogado a duraciones más largas, se aleja de las obligaciones y restricciones tradicionales, como una máquina para el placer que fuera un fin en sí misma. Con este cambio, el matrimonio tal como se entendía en otro tiempo —«una institución que no tiene nada que ver con el deseo, el placer, la pareja, sino con los hijos, la prolongación de la estirpe y el patrimonio»— deja de tener sentido. Si, como señalan los expertos, sexualmente hablando

el número de coyundas está estrechamente relacionado con el número de compañeros de cama, ¿no es contrario el compromiso conyugal a nuestro deber moral del bienestar? Parece que los franceses han captado el mensaje. En la sociedad urbana, más de la mitad de los matrimonios acaba en divorcio o separación. En 2002 el varón francés medio es más fiel a su banco que a su mujer, es decir, que se mantiene con él más tiempo, con una media de dieciséis años para el amor y de veintidós para el dinero.

En cuanto a los hijos, la prolongación de la vida de una generación reduce su interés en producir otra.

Una parte importante del capital biológico de cada individuo se gasta cuando se reproduce. En la opción actual de no reproducirse, o de hacerlo raramente, o con parsimonia, se puede constatar una preferencia por la prolongación de la vida. En el límite, una generación que viviera para siempre no tendría ninguna necesidad de reproducirse.

Es probable que las consecuencias de este adelgazamiento de los lazos que vinculan una generación con otra sean sustanciales para los nacidos en el nuevo orden. Llegan separados no sólo de unos padres cada vez más absortos en sí mismos, sino de cualquiera de las formas de cultura o relaciones con la naturaleza que en otro tiempo facilitaban la continuidad de la experiencia entre las generaciones. Por el contrario, habitan cada vez más en un universo virtual digitalizado, que difumina las fronteras entre lo real y el simulacro.

La mayoría de los niños entre tres y doce años, en un primer momento en Estados Unidos y luego también en Francia y en Europa, pasa más tiempo frente a una pantalla —televisor, ordenador, videojuego, teléfono móvil— que con sus padres, profesores o amigos: en promedio, más de cinco horas al día, frente a cuatro con los profesores, menos de tres con los amigos y apenas un poco más de una hora con sus padres.

En esas circunstancias, la transmisión de los hábitos y valores en otro tiempo asegurada por la familia, el sistema escolar, el ejército, la Iglesia o el partido tiende a reducirse a la transmisión de un único valor: el dinero, como reparación por el abandono de todo lo demás. Las herencias se hacen cada vez mayores, y la inversión en los hijos —típicamente, formas privilegiadas de educación que serán luego rentables en el mercado de

trabajo— sigue creciendo, aunque también aumente la distancia imaginativa y moral entre progenitores y vástagos.

¿Qué conclusiones extrae Juvín de su retrato de las sociedades dominadas por un cuerpo reinventado? Económicamente, los padres pueden en último término dejar herencias mayores a sus hijos, pero también están recibiendo —y seguirán recibiendo— mucho más del conjunto de la sociedad, en una gigantesca redistribución de activos a expensas de las nuevas generaciones mediante el sistema de pensiones. En Francia, señala Juvín, el poder de compra total asignado a los jubilados se ha multiplicado en los últimos treinta años: una pareja jubilada en 1980 recibiría tres veces más en pensiones que lo que sus padres habrían recibido jubilándose en 1956. De hecho, desde la guerra, el poder de compra de los jubilados se ha multiplicado por seis, mientras que el de los asalariados sólo se ha cuadruplicado. Las prestaciones sociales —no sólo las pensiones, sino todo tipo de exención de impuestos y servicios subvencionados o gratuitos— van a parar preponderantemente a los que han dejado de trabajar, en un sistema cuyo déficit alcanzará pronto el 10 por 100 del PIB. Esa concentración de recursos no puede mantenerse indefinidamente. «Más pronto o más tarde supondrá una acumulación de privilegios que dará al gasto social el papel que ocupaba en otro tiempo la inflación, pero con efectos redistributivos inversos, beneficiando a los jubilados acreedores a costa de los jóvenes asalariados deudores; algo insoportable.»

Esto suena como el estribillo habitual de las críticas neoliberales al Estado del Bienestar francés, que denuncian regularmente las mismas distorsiones y cuentan con la entrada de los fondos de pensiones anglosajones y las leyes sobre flexibilización del trabajo para rectificarlas, confiando en la lógica globalizante del mercado mundial actual. Juvín, en cambio, aunque coincida con tales críticas, no muestra el mismo optimismo. La economía de mercado, arguye, llevaba consigo el proyecto de Occidente, «nacido bajo el signo de la razón, señora del universalismo y de la individuación», y fue durante mucho tiempo su último criterio de lo real y lo racional.

Los maestros de la sospecha sacudieron nuestras certidumbres físicas, psíquicas y morales; la economía de mercado restauró el principio de verdad de que nosotros tenemos que hablar, comparar, intercambiar; en una palabra, vivir. En medio de la abundancia, la paz y las riquezas, era lo único que sostenía la razón en el mundo de las ideologías —que se oponían a ella sin poder vencerla del todo—; lo único que quedaba de lógica entre individuos aislados; lo único que los unía, el único lenguaje común entre los que ya no comparten nada, la única razón para actuar para los que ya no tienen ninguna otra.

¿Un homenaje demasiado extravagante? Desgraciadamente, no es más que un tributo al pasado. «Eso se ha acabado. Una economía del bienestar, bajo la égida de la primacía del cuerpo, está llevando a cabo una inmensa remodelación de valores y precios, de preferencias y normas», que «sitúa la salud, el bienestar y la integridad física por encima de la economía»,

y eso implica un regreso de las «acciones colectivas», aunque no, en modo alguno, un eclipse de los mercados, que por el contrario están dispuestos a invadir cada vez más dominios de lo corpóreo y a privatizarlos. Pero los mercados financieros, que son hoy día lo más cercano a un régimen de verdad, tendrán que adaptarse a ese nuevo sistema y derivar su legitimidad de la subordinación a él, «introduciendo cálculos de valor añadido en la producción de bienestar». Ante sí tienen ganancias satisfactorias, en la medida en que «el capitalismo que viene ofrece medios sin precedentes sobre el cuerpo humano» en lo que se refiere a los cuidados sanitarios, la procreación y la mejora física, «invirtiendo en lo que nunca ha sido objeto de inversión, inventando formas de propiedad privada sobre lo que no ha sido nunca propiedad de nadie, induciendo flujos monetarios para pagar por lo que nunca ha sido objeto de intercambio o de demanda». Pero los días en que los mercados financieros lo decidían todo habrán pasado pronto. A la espera acecha otro tipo de régimen.

¿Cuál será su política? Para Juvin, nacido en 1958, la cultura del cuerpo proviene de la década de 1960, cuando los rebeldes de 1968 plantearon la reivindicación de la libertad sexual. «Naturalmente, detrás de ella, nada o muy poco estaba en cuestión; la única liberación real en esa área es la que los individuos consiguen por y para sí mismos, y las manifestaciones políticas colectivas tienen escasas consecuencias en ella.» Tras las pancartas y los eslóganes, de hecho, estaba en marcha el fatigado opuesto del deseo, la saturación y banalización del sexo, con su apropiación generalizada por el mercado. Junto con ese aplanamiento del paisaje libidinal, además, se han difuminado todas las formas pretéritas de lo trascendente. La longevidad extingue la creencia en la eternidad. Y no es que la necesidad de lo sagrado simplemente desaparezca. La religión, como la naturaleza, todavía tiene su atractivo. Pero en este régimen la creencia genuina en cualquiera de ellas se ha desvanecido y no regresará. En su lugar, tenemos versiones sustitutivas: masivos conciertos *tecno* en lugar de la sagrada comunión, y parques municipales en lugar de bosques o humedales.

Aun así, cualquiera que sea el destino del deseo o de la devoción, ¿está al menos a salvo la democracia? Desgraciadamente, no. Las nuevas tecnologías de la conexión permanente «ponen el mundo a disposición del cuerpo, dispensándole de pertenecer, ser representado, debatir o votar». Socavan así las instituciones tradicionales de la democracia sin crear ninguna forma viable capaz de reemplazarlas.

Con el agotamiento de las aventuras colectivas, el profundo desánimo de la mente con respecto a la fútil búsqueda de la verdad o de la historia, de la naturaleza o de la materia, sólo la narrativa del cuerpo, de sus satisfacciones y placeres, y la búsqueda de nuevas formas de sensibilidad, experiencia y emoción, atraen todavía nuestra atención.

¿Cuál es el resultado? El mensaje central de Juvin es una paradoja siniestra: lo que el comunismo quiso hacer, y en cuya consecución fracasó de-

sastrosamente, está a punto de llevarlo a cabo el capitalismo. El más desmedido de todos los sueños utópicos de las revoluciones perdidas está ahora cobrando forma, sin ser visto, ante nuestros ojos. «El proyecto abandonado por una ideología política difunta, la transformación de la condición humana, se ha convertido en objeto de la inesperada pareja formada por la ciencia y el mercado.» Y la desacreditada concepción mesiánica de una transfiguración antropológica de la humanidad está a punto de tener lugar. «La economía de la libre empresa ha conseguido poner a punto, y más, lo que los diversos socialismos prometieron y pretendieron con todos los medios a disposición de un poder prácticamente ilimitado, ya fuera en China o en la URSS: ha dado lugar al hombre nuevo.»

¿Dónde habría que situar *L'avènement du corps*? A primera vista, podría parecer que pertenece a la literatura de la biopolítica puesta en marcha por Foucault, y que desde entonces se ha convertido en una abundante fuente de demagogia y de poses. En el mundo académico anglófono, en particular, donde ha sido incorporado por los estudios culturales, el término «cuerpo» es una advertencia bastante fiable de vaciedad, como una señal destellante de que conviene permanecer a distancia. Juvin, sin embargo, no proviene de esa línea especulativa. Faltan las habituales referencias a Saint Michel. Su formación y entorno de referencia son más los de un sobrio actuario que los de un *fumiste* (embaucador) de ojos saltones. Sin embargo, queda en pie la cuestión de si la noción de «cuerpo» que despliega es, más que un objeto definible, un operador que sirve para todo y que le permite subsumir una variedad de procesos heterogéneos en un único diagnóstico. El género elegido se lo permite. Al no citar fuentes, las pruebas de muchas de sus afirmaciones más llamativas no se pueden contrastar fácilmente. A este respecto, *L'avènement du corps* podría considerarse como un ejemplo de *Kulturkritik*. Pero aquí esa amplia categoría asume un aspecto más específico. El registro esencial del libro es el de los oráculos, poseído por una incontenible visión del futuro que determina la selección de los datos elegidos para ilustrarlo. Las extrapolaciones y exageraciones son inherentes a esa forma literaria. ¿Es, por lo tanto, rechazable desde el punto de vista epistemológico? Sólo para el cientifismo más remilgado. Con tal que se entiendan su naturaleza y sus límites, la práctica de ese género puede ser señal de vitalidad intelectual, sin la que la vida cultural sería más pobre. El de Juvin es precisamente uno de esos casos.

Dicho esto, el horizonte del libro es más local que su intención. Al parecer, el nuevo régimen que describe está entrando en vigor en todo el mundo capitalista avanzado. En la práctica, empero, la zona de referencia general es Europa, el sector venusino de Occidente en la dicotomía tajante de Robert Kagan, más que el marcial representado por Estados Unidos. Una comparación de la obra de Juvin con el par de libros de Fukuyama sobre temas parecidos deja muy claras las diferencias. El primero entrelaza problemáticas que permanecen separadas en el último: matrimonio y familia en *The Great Disruption*, y biotecnología en *Our Posthuman Future*.

Por otra parte, carentes de la perspectiva europea de Juvin, las obras de Fukuyama aparecen ostensiblemente marcadas por la preocupación estadounidense por el crimen y las sustancias psicotrópicas. Pero el planteamiento intelectual de *L'avènement du corps* no se encuadra en el marco europeo, ya que el libro proviene de una serie de debates peculiarmente nacionales que han tenido lugar en Francia.

El énfasis de Juvin en la abstracción desarraigada del universo electrónico y la desnaturalización del cuerpo humano, el atomismo de los surfers y de los baja-archivos de internet se contraponen continuamente a las conexiones históricas de los seres humanos con la dura resistencia de la tierra que marcó la sociedad rural francesa hasta la década de 1950 y con la tonificante disciplina del Estado que moldeó las instituciones –escuela, cuarteles, servicios públicos– de la República francesa hasta una fecha más reciente. La disolución de esos dos mundos con el urbanismo masivo, el consumismo y ahora el incipiente multiculturalismo ha creado agudas tensiones en la vida política e intelectual francesa, dispersando en todas direcciones antiguos amigos y enemigos. En las subsiguientes disputas sobre la dirección que la sociedad francesa está tomando o debería tomar, la revista *Le Débat* –en cuya colección aparece *L'avènement du corps*– se sitúa junto a los que lamentan el debilitamiento de la República clásica y ven con escepticismo la llegada de normas de existencia más gelatinosas, desublimadas y yanquizadas. Las simpatías de Juvin van en el mismo sentido. Pero adhesiones similares al viejo orden, y una hostilidad parecida hacia lo nuevo –expresada más duramente–, se pueden encontrar en la izquierda, con mayor elocuencia, en los escritos de Régis Debray. En diversos puntos de su libro, como en sus reflexiones sobre 1968, los juicios de Juvin son muy próximos a los de Debray. *L'avènement du corps*, de hecho, se puede leer como una prosecución dialéctica del famoso veredicto de Debray a finales de la década de 1970: los ardientes revolucionarios de mayo imaginaban, como Colón, que se dirigían a China, pero desembarcaron en América, más concretamente en California, desencadenando en nombre de un mundo comunista de ensueño una revolución cultural que de hecho acomodó, en lugar de derrocarlo, un capitalismo de consumo desmoralizado en Francia. El clímax de *L'avènement du corps* lleva un paso más allá la astucia de la razón. La llegada de un capitalismo reducido a las funciones y transacciones del cuerpo será el irónico triunfo de los delirios más extravagantes del socialismo.

¿Habrán anticuerpos que puedan evitarlo? Daniel Bell, cuyo libro *Cultural Contradictions of Capitalism* (1976) concentra las premoniciones y reuelos ancestrales del centro-derecha sobre las consecuencias antinómicas del individualismo sin freno, apostaba por el «regreso de lo sagrado» como baluarte final contra la total desintegración de un mundo burgués ordenado. La religión intervendría para frenar la marea de la falta de moderación allí donde la moral y la política habían fracasado. Desde la izquierda, Debray hacía una apuesta paralela, aunque con una teoría histórica mucho más ambiciosa, planteando la fe trascendente como una necesi-

dad antropológica práctica; preferentemente una religión mundial, aunque más recientemente parece conformarse con cualquier comunión, incluso laica. Juvén desecha ese consuelo, con tonos que evocan el desdén de Weber en *Wissenschaft als Beruf* hacia los cultos de su época. *L'avènement du corps* concluye con una nota triste. Los mercados financieros están a punto de ser destronados como dueños del mundo; pero no dejarán de prosperar en el régimen que les suceda, lo que requerirá opciones políticas colectivas para determinar los órdenes y distribuciones del bienestar, aunque este régimen erosione las bases democráticas para llevar a cabo esto. El neoliberalismo es indispensable, pero insoportable. El libro es una contribución a una literatura con futuro: reflexiones agrídulces —ésta mucho más amargas que dulces— sobre las sorpresas tras la victoria en la Guerra Fría.